

Miguel Francisco del Ángel Ortega
Crescenciano Grave
COMPILADORES

EL PRESENTE DE LA METAFÍSICA

Ediciones Monosílabo
Facultad de Filosofía y Letras
Seminario de Metafísica
Dirección General de Asuntos del Personal Académico
Universidad Nacional Autónoma de México

Dirección General de Asuntos del Personal Académico

Esta investigación ha sido financiada por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) a través del Proyecto PAPIIT- IN402815 “Metafísica y las aporías de la verdad”, adscrito al Seminario de Metafísica, FFL, UNAM.

Ilustración de la cubierta: Nora Martos

Primera edición: 2019
19 de septiembre de 2019

D. R. © Ediciones Monosílabo
Pablo Luis Rivas M., núm. 419-4,
col. Escuadrón 201, Iztapalapa,
C. P. 09060, Ciudad de México

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán
C. P. 04510, Ciudad de México

ISBN: 978-607-98592-2-0
ISBN: 978-607-30-2402-0

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Crescenciano Grave*

La metafísica, con Aristóteles –quien no conoció la palabra –se generó como una forma peculiar de pensar volviéndose contra sus propios orígenes presocráticos y platónicos. Su consolidación se sustentó en el examen crítico de sus consideraciones anteriores: al plantear preguntas en las que, como dice Heidegger, el propio inquiriente queda vinculado, la metafísica ha sellado su polémica permanencia con el devenir histórico.

Suscitar la crítica desde o sobre la metafísica fue el propósito central del Coloquio “El presente de la metafísica” llevado a cabo los días 4, 5 y 6 de octubre de 2016 en la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Con este Coloquio se cumplió con una de las metas del Proyecto PAPIIT IN 402815 “Metafísica y las aporías de la verdad” que, a su vez, forma parte de las actividades del Seminario de Metafísica inaugurado hace 70 años por Eduardo Nicol y actualmente dirigido por Ricardo Horneffer.

Este libro tiene su origen en el Coloquio y sus textos, debidamente modificados por sus autores respectivos para su publicación, son una muestra de la presencia problemática de la metafísica. El mayor cometido que persigue este volumen es continuar la discusión en torno a la metafísica,

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Seminario de Metafísica.

esa peculiar manera de pensar cuya vitalidad continuará mientras en el ser humano –como sugiere Kant– no se apague esa misteriosa, por prodigiosa y peligrosa, llama del pensar.

I. HISTORIA Y PRESENTE

EL PRESENTE DE LA METAFÍSICA

Ricardo Horneffer*

Los seminarios de investigación tienen una larga tradición en la Facultad de Filosofía y Letras. En ellos se han gestado muchas de las obras de los grandes maestros de la Facultad y se han formado un número importante de generaciones de docentes e investigadores.

En este contexto, el Seminario de Metafísica ha desempeñado un papel fundamental, no sólo por la noble tradición de esta disciplina, sino porque fue el primero en esta Facultad y de los primeros en la Universidad Nacional Autónoma de México. El doctor Eduardo Nicol lo fundó en marzo de 1946, hace un poco más de setenta años, y fue su director hasta su muerte en 1990. A lo largo de 44 años dirigió el Seminario con la convicción de que éste era el espacio idóneo para la reflexión conjunta y la formación filosófica.

El Seminario era, explicaba Nicol, su laboratorio: en él ponía a prueba los textos que, posteriormente y después de una minuciosa revisión, serían publicados como libros. Era un laboratorio porque, a pesar de no contar con aparatos de *última generación* o de complejos aparatos tecnológicos, tenía el *instrumento* más acabado, y por momentos sublime, que posee el ser humano: el *logos*, al que entendía como palabra y razón.

La doctora Juliana González fue secretaria del Seminario de Metafísica y posteriormente su directora. Le imprimió al

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Seminario de Metafísica.

Seminario un nuevo carácter, al vincular de manera por demás original a la metafísica con la ética. Fruto de lo anterior fue la creación del Seminario de Ética, que años más tarde dio lugar al Seminario de Investigación de Ética y Bioética, mismo que impulsó la constitución del Programa Universitario de Bioética.

En esta nueva etapa del Seminario de Metafísica es mi intención reafirmar, como lo hicieron Eduardo Nicol y Juliana González, que la vocación de la filosofía es, como bien sabían ya los antiguos maestros griegos, **aprender** a asombrarse de lo que aparece día tras día, de lo que aparentemente es lo más conocido, sabido y habitual, y que por ello mismo es pasado por alto: el hecho puro y simple de que las cosas son. **Llevar** la duda y la pregunta al límite a sabiendas de que, cuanto más inquirimos, más profundo se abre el horizonte. **Comprender** que la filosofía es reflexión conjunta; diálogo franco, crítico y autocrítico. **Atreverse** a ofrecer una respuesta, con la *confianza* de que ésta se transfigurará en asombro, duda, pregunta y diálogo.

Es esto lo que simboliza el logo que distingue al Seminario. Es una recreación de un laberinto labrado en piedra, originario de Mesopotamia. Dos caminos, expresión de la dialéctica, que se unen en el centro y que conducen, cada uno, a una aporía distinta que obliga a desandar el camino elegido y recorrer el otro para percatarse que es necesario, como si fuera nuestro destino, regresar nuevamente al origen, pero enriquecidos con la experiencia vivida. El origen, pues, no tiene fecha ni lugar de nacimiento, pues se reproduce cada vez que el pensamiento logra pensar lo ya pensado como si fuera la primera ocasión.

Ejemplo de lo que persigue el Seminario de Metafísica lo es el coloquio que comienza hoy. Los participantes exponen diversas temáticas (violencia y destino; lo sagrado y lo di-

vino; misterio y trascendencia; ser y tiempo; sentido y sonido; verdad y biotecnología; Oriente y Occidente) y se concentran de diferentes épocas del pensamiento filosófico, que van desde los presocráticos y la modernidad, hasta el siglo XXI. Proceden, además, de distintas instituciones académicas, tanto de México (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, FES Acatlán, el Instituto de Investigaciones Filosóficas y la propia Facultad) como del extranjero (Universidad de Calabria, Italia, y Universidad Complutense de Madrid).

La riqueza de temas y colegas que amablemente aceptaron participar, me parece que son un buen augurio, pues el Seminario de Metafísica pretende crear un ambiente propicio para que las ideas sean expuestas, reflexionadas y puestas en cuestión, con el único afán de *hacer* filosofía, es decir, lograr pensar de manera conjunta.

A TIEMPO

Juan Manuel Silva Camarena*

En homenaje a Alicia Nicol, con amor y respeto.

*Todo preguntar esencial de la filosofía
permanece necesariamente inactual.¹*

Martin Heidegger

Ricardo René Horneffer, director actual del Seminario de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México –seminario fundado por Eduardo Nicol hace 70 años–, nos ha convocado para reflexionar del presente de la metafísica. Aquí estamos, y en principio, consideramos que esta invitación no representa una cuestión que debiera inquietarnos. No hay pérdida: el presente es lo de hoy, y lo de hoy, naturalmente, viene cargado con los atributos de lo nuevo. Entonces, parece que se nos ha invitado a pensar sobre *lo nuevo* en la metafísica.

No cabe duda de que la tarea de los medios de comunicación es la de hablar de lo nuevo. Esto no implica ninguna novedad. Hablan sólo de lo nuevo. Pero en nuestros días, de manera aparentemente inexplicable, la universidad también

* Profesor jubilado de la UNAM.

¹ Cf. Martin Heidegger, *Introducción a la metafísica* [*Einführung in die Metaphysik*, 1953]. 2a. Trad. de Angela Ackerman Pilári. Barcelona, Gedisa, 1995, cap. I, p. 17.

se ha habilitado para hablar de lo actual. Aquí y en Harvard; aquí y en China. Mal síntoma: cuando el pasado se considera superado, lo normal es hablar del presente. Pero paradójicamente lo nuevo de esta forma positivista de ver el mundo consiste en que ya no tiene nada de nuevo, pues se ha convertido en la forma común y ordinaria de proceder en reuniones de todo tipo, de instituciones universitarias, políticas y empresariales.

Sin embargo, esta nueva situación no parece preocuparle a nadie. En los días que corren pueden reunirse, por ejemplo, cientos de cardiólogos para hablar y oír hablar de las *nuevas* técnicas quirúrgicas que permiten curar las arritmias sin operar a corazón abierto. En el siglo XIX se juntaron personajes políticamente importantes en el famoso Congreso de Viena (de parte de 1814 y parte de 1815) para hablar, entre cenas, bailes y banquetes, de la nueva situación histórica que ofrecía la oportunidad ideal para restablecer las fronteras de Europa tras la derrota de Napoleón. Todos sabemos que desde hace mucho tiempo hay congregaciones de creyentes llamados concilios (desde el de Trento, de 1545, que intentó eliminar las diferencias entre católicos y protestantes) que se preocupan y ocupan de fijar, con la autoridad del Papa, lo que está bien y lo que está mal en la práctica y la doctrina del cristianismo. Ha habido reuniones célebres, como la del Tratado de París (1783), que reconoció la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, o como el Tratado de Versalles (1919), que estableció formalmente el fin de la llamada Gran guerra entre las potencias del eje y los aliados. En fin: cuando en la víspera de la terrible Guerra del Peloponeso los atenienses y los lacedemonios deliberaron en varias asambleas sobre si debían aceptar o no el reto de lo que a la sazón era un amenazante conflicto bélico, no había, ciertamente, nada más actual e inquietante.

Pocas reuniones de gran envergadura como las de la Naciones Unidas –nacida en 1945– han tenido la misión de afrontar circunstancias mundiales *de plena actualidad*. Esta organización realizó una reunión “de alto nivel” el 19 de septiembre pasado para tratar el problema de los desplazamientos de refugiados y migrantes, averiguando las causas, diseñando la protección de quienes se ven obligados a emprender esas travesías y anticipando la discriminación y xenofobia de las que suelen ser víctimas. Utilizando la conocida expresión de Ortega y Gasset puede afirmarse que este es el tema de nuestro tiempo (aunque en verdad se trataba sólo del tema que se hallaba en el centro de sus reflexiones).

Sin mencionar de paso el próspero negocio que ahora suele acompañar a muchas reuniones académicas cuyo éxito se cifra en una económicamente conveniente asistencia multitudinaria del mundo del saber, es preciso reconocer que las ciencias y la filosofía no se escapan de esa actual y extraña necesidad de exhibir públicamente *sus nuevos conocimientos*. Cientos de ponencias prueban suerte en coloquios y congresos. En México, la ciencia, en general, ha tenido más suerte que la filosofía, pues ha dejado atrás una época en la cual se le miraba con cierto desdén provocado por la acusación de una supuesta indiferencia ante la realidad y los problemas actuales; y ahora puede gozar de una buena racha al ser valorada –sobrevalorada– y promovida bajo la creencia simplona de que ella produce los conocimientos necesarios para que la varita mágica de la creatividad tecnológica ponga en manos de los interesados todo tipo de aparatos, artefactos y sistemas que generan empleos, riqueza y felicidad para la humanidad. Hoy por hoy la tecnología es la más preciada herencia de la actividad científica, y poco o nada importa ya la búsqueda de la verdad, pues el poder político, militar, empresarial y financiero

nunca se ha nutrido con verdades sino con audacia, osadía, atrevimiento y arbitrariedad.

Pero sí puede usarse en vano el nombre de la ciencia. Por ejemplo: se quiso *saber para prever, y prever para actuar*, y con esta divisa Gabino Barreda quiso salvar a nuestra nación. Con *Amor, orden y progreso*, y por supuesto, con los tomos del *Curso de filosofía positivista* de Augusto Comte. Es historia pasada, pero no tanto. Porque en nuestro país profesores y alumnos que pertenecen a las nuevas generaciones todavía leen *lo actual* con entusiasmo desbordado. Sin darse cuenta de que son positivistas sin saberlo, porque esta ideología del progreso y el saber positivo quedó bien instalada en los neurotransmisores de nuestro cerebro desde que el señor Barreda nos lo ofreció públicamente en su Oración cívica del 16 de septiembre de 1867.² ¿Para qué? Con el fin de recuperar “el sentido científico” de nuestra aparentemente caótica historia nacional de poco más de la primera mitad del siglo XIX. Luego se dedicó a enseñarla durante diez años en nuestra Escuela Nacional Preparatoria (1868-1878), en la Cámara de Diputados, en la Sociedad Metodófila, y con el tiempo logró que la asimilaran los llamados científicos del Partido Unión Liberal, los que apoyaron a Porfirio Díaz desde las reelecciones de 1892 hasta 1911, convencidos de que brindaban “una dirección científica” al gobierno y contribuían, de este modo, al “desarrollo científico del país”, a la superación (*dépassement*) de la metafísica (aristotélica) y las doctrinas cristianas del claustro de profesores de la universidad española, tan prontamente instalada en nuestra tierra (para salvación de nuestra alma).

² Cf. Gabino Barreda, “Oración cívica pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867”, en *Positivismo y porfirismo*. Introd. y antol. de Abelardo Villegas. México, SEP, 1972, pp. 41-75.

El positivismo lógico, el anglosajón, también llegó a nuestro país, apadrinado por el entusiasmo filosófico de Alejandro Rossi, que según el testimonio de su discípulo y profesor nuestro Adolfo Sánchez Vázquez había ido a buscar “en la meca de la filosofía”, a Oxford, “la filosofía crítica y antimetafísica” que no había encontrado en sus maestros: Gaos, Ramos, Nicol, De Gortari y Zea.³ Se trataba, pues, del análisis lógico del lenguaje que Salmerón, Luis Villoro y Rossi quisieron aclimatar en México y otros países latinoamericanos fundando la revista *Crítica. Revista hispanoamericana de filosofía* en 1967, publicación que aparentemente ha venido coexistiendo en paz con el anuario *Diánoia* –creado por Eduardo Nicol en 1954– en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de nuestra casa de estudios, en el inicio fundado como Centro de Estudios Filosóficos en 1941 por el filósofo del derecho Eduardo García Máynez y nuestro maestro el pensador de la metafísica, Eduardo Nicol.

Quisieron mis profesores Fernando Salmerón, Luis Villoro y Alejandro Rossi colaborar con el establecimiento de la tradición analítica, “particularmente en los países de habla hispana”, con filósofos “tanto de habla hispana como inglesa”.⁴ Alguien podría decir que esa tradición se escribió en inglés y en español se leyó, pues el maestro enseña y el alumno aprende. Pero el positivismo lógico del Círculo de Viena, igual que el positivismo francés de Comte, trajo presuntamente el rigor científico suficiente para corregir los defectos de la filosofía en México, pero el anglosajón creyó que con la identificación de lo que llamó las pseudopropo-

³ Adolfo Sánchez Vázquez, “Aproximación a Alejandro Rossi”, en *IncurSIONES literarias*. Ed., introd., y notas de Manuel Aznar Soler. Present. de Federico Álvarez Arregui. México, FFL, UNAM, 2009.

⁴ Descripción de la revista, en su dirección electrónica: <http://critica.filosoficas.unam.mx/pg/es/descripcionrevista.php>

siciones de la metafísica se podía alcanzar la superación (*overcoming*) de la metafísica. *Overcoming* que se gestó como *Überwindung*, en la lengua del pensador Rudolf Carnap. *Crítica* apareció dos años después de que el Fondo de Cultura Económica le cubrió las espaldas con la publicación de la compilación de Alfred Julius Ayer titulada *El positivismo lógico* (1965), cuyo anhelo más caro fue precisamente el de un “punto de vista científico” y la superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje, como lo anunciaba el título del ensayo de Carnap de 1932.⁵ El compilador escribe una amplia e interesante introducción que no logra aclarar con precisión el título de su antología: “Hace unos treinta años [principios de la década de 1920] se acuñó el término “positivismo lógico” para caracterizar el punto de vista de un grupo de filósofos, hombres de ciencia y matemáticos que se denominó a sí mismo el Círculo de Viena”.⁶ Luego de lo escrito vienen nombres de principales miembros, larga lista heterogénea, disímil, disímbola de precursores antiguos y contemporáneos, caracterización de centro de reunión que luego es algo parecido a un partido político y a un movimiento filosófico, etcétera.

Desde el primer día de clase en la Facultad a los alumnos de nuestra generación se nos mostró lo más actual de la filosofía. En su curso de Introducción a la filosofía (1969) el profesor Abelardo Villegas nos enfrentó a las tesis fundamentales de los campeones de la filosofía contemporánea: Carlos Marx, Martín Heidegger y Rudolf Carnap. Su decla-

⁵ Cf. Rudolf Carnap, “La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje”, en Alfred Jules Ayer, comp. e introd., *El positivismo lógico*. [*Logical Positivism*, 1959]. Trad. de L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruis Harrel. Madrid, FCE, III, pp. 66 y ss. En 1989 en el número 66 de la *Revista de Filosofía* de la Universidad Iberoamericana se publicó mi ensayo titulado “La superación del análisis lógico del lenguaje por medio de la metafísica».

⁶ A. J. Ayer, *op. cit.*, p. 9.

rada intención fue la de lograr que la mayoría de los alumnos se fuera a estudiar otra carrera si no podían con el estudio y la comprensión de la filosofía *de esos autores*. Parecía que en el fondo de su convicción pedagógica se hallaba una idea fija: si son incapaces de estudiar las nuevas filosofías, es por completo inútil enseñarles los pensamientos filosóficos de otros tiempos.⁷

Con las explicaciones, e incluso con las chanzas del profesor Villegas empezamos a estudiar el capítulo primero de la *Introducción a la metafísica* de Martín Heidegger, que contenía una magistral exposición de la pregunta fundamental de la metafísica: ¿Por qué es en general el ente y no más bien la nada? Esta interrogación, en última instancia, tiene que ver, según el propio Heidegger, con nuestro peculiar destino histórico.⁸ Supimos también que para este pensador alemán la metafísica es algo más que una disciplina filosófica: “el ir más allá del ente es algo que *acaece en la esencia misma de la existencia*. Este trascender es, precisamente, *la metafísica*, lo que hace que la metafísica pertenezca a la ‘naturaleza del hombre’”.⁹ ¿La esencia humana, entonces, tiene poco que ver con lo actual de las circunstancias?

Luego examinamos el ensayo de Carnap, que parecía la venerable y privilegiada puerta de acceso a la novísima filosofía anglosajona, verdaderamente científica, y la única capaz de eliminar las concepciones del mundo y otras opiniones de los mortales. Contenido general: proposiciones protocollarias, palabras metafísicas carentes de sentido, pseudopro-

⁷ Siempre he sido refractario a lo meramente nuevo. En mi curso de Metafísica en la Facultad abordaba un año las cuestiones del ser y el conocer examinando autores contemporáneos, y al siguiente, autores clásicos de la filosofía griega.

⁸ Cf. M. Heidegger, *op. cit.*, cap. I.

⁹ M. Heidegger, *¿Qué es metafísica?* [*Was ist Metaphysik?*, 1929]. Introd. de Enzo Paci. Trad. de Xavier Zubiri. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1970, p. 110.

posiciones metafísicas, carencia de sentido de toda metafísica y referencias a Heidegger en tono burlón. Conclusión: la metafísica es una expresión emotiva ante la vida.

Finalmente estudiamos a Carlos Marx (*La ideología alemana*),¹⁰ con atención especial puesta en las “Tesis sobre Feuerbach”, para entender bien que los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo, pero cuando dejan atrás las ilusiones burguesas de la ideología y abandonan definitivamente el lastre de la metafísica, logran darse cuenta de que la verdadera tarea de la filosofía es la de la transformación del mundo. En una entrevista a Heidegger se dice lo siguiente: “La pregunta por la transformación del mundo se reduce a una frase muy citada de Carlos Marx, de sus ‘Tesis sobre Feuerbach’ [...] En la cita de esta frase y en su seguimiento se pierde de vista que una transformación del mundo supone una transformación en la representación del mundo, y que una representación del mundo sólo se debe obtener una vez que se haya interpretado el mundo suficientemente”.¹¹ ¿Ya se ha interpretado el mundo suficientemente? ¿Una interpretación como la de Marx es suficiente? Heidegger continúa su idea: “Esto quiere decir que Marx se funda en una muy determinada interpretación del mundo para exigir su ‘transformación’ y a través de ello se muestra esta frase como frase no fundada, despierta la ilusión de que se habla decididamente contra la filosofía, mientras que precisamente en la segunda parte de la frase se supone de manera no

¹⁰ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas* [1932]. Trad. de Wenceslao Roces. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1968; las *Tesis sobre Feuerbach* están en las pp. 665-668.

¹¹ Entrevista a M. Heidegger por Frédéric de Towarnicki y Jean Michel Palmier, publicada en *L'Express*, París (20-26 de octubre de 1969) y traducida por Ricardo Guerra para el diario *El Día*, México (9 de noviembre de 1969).

expresa la exigencia de una filosofía”.¹² En suma: un metafísico, Heidegger, acosado por el líder del análisis lógico del lenguaje y por el padre del marxismo; y éste, a su vez, cuestionado por Heidegger, el teórico de la destrucción que pueda ablandar la tradición y disolver las capas encubridoras de la historia de la metafísica.¹³

Podemos recordar el momento en que los estudiantes y profesores de filosofía fuimos al primer Coloquio de Filosofía celebrado en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en 1975, nos animaba un genuino espíritu de conocimiento, una necesidad de saber filosófico a prueba de cualquier tentación pragmática. No íbamos para oír *lo nuevo*, sino para oír a nuestros maestros. Lo que importaba era que nosotros formáramos el auditorio, que nosotros éramos los oyentes. Ahora, en cambio, la atención parece estar bien puesta en las *novedades filosóficas* que luego, sin embargo, no aparecen siempre como buenas ideas en la tarea cotidiana de la enseñanza y la investigación. Ponencias que las más de las veces son meros “indicadores” para los calificadores “oficiales” del trabajo de los profesores. Todo parece estar bien organizado para que el ponente regrese a su cubículo o su salón de clase a elucubrar algo nuevo para la próxima reunión académica, de la que probablemente volverá, en calidad de reincidente, con cierto desgano o ánimo desmoralizado, pero con una constancia nueva en su haber.

Ninguno de nosotros pensó que su *curriculum vitae* fuera a recibir una transformación importante al asistir o participar en los demás congresos organizados por la Asociación Filosófica de México, cuya emergencia en 1968 se produjo en

¹² *Idem.*

¹³ Cf. M. Heidegger, *Ser y tiempo* [*Sein und Zeit*, 1927]. Trad., pról., y notas de Jorge Eduardo Rivera C., Madrid: Trotta, 2003, cap. segundo, § 6.

los términos de una alternativa obligada frente a la Sociedad Mexicana de Filosofía, fundada en 1953 y presidida por José Vasconcelos, Eduardo Nicol y Eusebio Castro, y otros filósofos distinguidos de aquella época. La original y a menudo habitual manera de entender –cristianamente– la filosofía, compartida por la mayoría de los miembros de esa agrupación, tal vez hubiera sido incapaz de tolerar el atrevimiento o la insolencia de un Heidegger, un Marx o un Carnap.

Al año siguiente los estudiantes de filosofía descubrimos a otro metafísico, además de Heidegger. Se trataba de Eduardo Nicol, que era profesor de la Facultad, titular del curso de Metafísica, director del Seminario de metafísica,¹⁴ y ahora era nuestro maestro. Sus clases extraordinarias. Pero la paradoja que tardamos algunos años en asimilar fue que la metafísica, la que era perseguida por el positivismo francés, el positivismo anglosajón y el marxismo mundial, nos la enseñaba un brillante catedrático nacido en Barcelona, filósofo en el exilio, nacionalizado mexicano, que hablaba un castellano elegante y preciso, sin acento español, sin cecear, ¡que había servido al Estado Mayor del Ejército de la República! ¡Un rojo, comunista, como decían los falangistas, que era un destacado profesor de filosofía y un eminente teórico de la metafísica! Esto lo supimos poco a poco y por vías indirectas, porque el profesor Nicol nunca hablaba de sí mismo. Sólo hablaba de filosofía.

Ahora, en nuestros días, ¿qué significado podemos otorgar a la idea del presente de la metafísica, de lo nuevo en la

¹⁴ Varios años después mi querido y admirado maestro Eduardo Nicol me nombró secretario de su Seminario de metafísica, y pasando el tiempo tuvo a bien dejarme la responsabilidad de la cátedra de metafísica en 1977 o 78, cuando decidió concentrar su fuerza de trabajo en las sesiones del Seminario, que él consideraba como el taller donde se elaboraban sus libros. Me dijo de un modo directo y para mí inesperado: “Le toca a usted, Manolo; ya no tengo la energía de otros días y tengo que concluir varios proyectos”.

metafísica? ¿Mediante qué criterio podemos distinguir en la metafísica lo nuevo de lo viejo? Por un lado, es casi seguro que los organizadores de este coloquio no querían darse por satisfechos con una revista de las últimas publicaciones. Creo suponer que pensaron *en algo más*. Y por otro lado, ese algo más puede formularse únicamente al concebir un diferente curso histórico de la metafísica, capaz de prescindir por completo del tiempo de los relojes y los calendarios. Este es el problema que a nuestro juicio queda establecido en el título de este coloquio que aplaudimos con entusiasmo.

¿En este nuestro tiempo sería viable y atendible una reunión de pensadores, jóvenes o viejos, cuyo fervor filosófico permita reflexionar acerca de la metafísica sin más, esto es: sin las determinaciones cronológicas ordinarias, deseando tener tiempo ordinario para pensar lo extraordinario, lo que por su naturaleza es algo intempestivo?

En 1965 el Fondo de Cultura Económica publicó *Los principios de la ciencia* de Nicol, un libro que era una especie de apéndice de la *Metafísica de la expresión*, de 1957. En *Los principios*, entre otras ideas importantes, se halla una crítica profunda de la versión determinista del principio de causalidad que Heisenberg aplicó a la comprensión de la física y Marx a la de la historia. En *Los principios* se ofrece como plato fuerte los principios de la ciencia de origen presocrático. Pero lo que aquí viene a cuento es que en el capítulo quinto hay una denuncia de la impostura del principio de no contradicción como verdadero principio de la filosofía, cuyo discurso incluye la siguiente tesis fundamental: “El Ser no es cuestión para la filosofía, sino evidencia para todos”.¹⁵ En otras palabras: la pregunta por el ser es imposible. Para

¹⁵ Cf. Eduardo Nicol, *Los principios de la ciencia*. México, FCE, 1965, parte 2 del capítulo segundo.